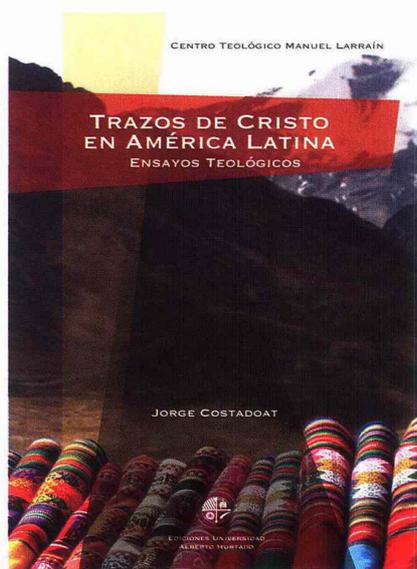


Medio	Revista mensaje
Fecha	10-12-2010
Mención	Crítica al libro "Trazos de Cristo en América Latina" de Jorge Costadoat S.J del Centro Manuel Larraín. Libro de Ediciones Universidad Alberto Hurtado.

LIBROS



Costadoat, S.J., Jorge: *Trazos de Cristo en América Latina. Ensayos teológicos*. Centro Teológico Manuel Larraín, Ediciones Universidad Alberto Hurtado, Santiago, 2010, 344 páginas.

Este volumen compila artículos de los últimos quince años, que su autor agrupa en tres partes: *Fe en Dios en América Latina*; *Jesucristo, Intérprete de Dios*, y *Alberto Hurtado, Intérprete de Cristo*. No obstante, los vasos comunicantes entre los diversos artículos son numerosos y recurrentes, lo que incluso permite abordar la lectura del conjunto de manera aleatoria sin menoscabo de los frutos que este libro con seguridad proporcionará a quienes aspiran a ser adultos en su fe o dialogar con la Iglesia en su condición de personas de buena voluntad.

El propio padre Costadoat destaca la importancia relativa mayor del artículo "La fe de Jesús, fundamento de la fe en Cristo", de la segunda parte, motivo por el que nos referiremos de manera pormenorizada a él. La Iglesia no pudo inventarse una creencia, sino que su fe en Cristo tiene como modelo la fe que el Jesús prepascual tuvo en Dios, a quien llamó Padre. A diferencia de la *pistis* helénica (asentimiento intelectual a un conjunto de verdades), la *emuna* hebrea es una *fidelidad personal a alguien*. Esta *relación personal* y de *confianza* se produce en la experiencia prepascual de Jesús, quien no solo obedece a un Dios que es alteridad, ya que además responde amorosamente al llamado y al encargo amoroso del *Padre*, que supone *intimidación*. Y ese

llamado es el anuncio del Reino. Porque Jesús no vino a anunciarse a sí mismo sino al Reino, que es una buena noticia tanto porque promete la liberación de los oprimidos como el perdón de sus pecados a los opresores. La predicación de Jesús es una anticipación en la propia historia de una salvación escatológica que es trascendente.

Así pues, poner el foco en la fe de Jesús en Dios Padre permite entender mejor el que las autoridades religiosas de la época lo condenaran a morir como un criminal y que su resurrección pudiera ser entendida por la Iglesia primitiva como la rehabilitación, por el Padre, de Jesús justo y pobre. Solo entonces esta Iglesia primitiva experimentó a Jesucristo como fraternidad y entendió que el Padre estaba de su lado. Comprender la relación entre la creencia de Jesús en el Padre, su predicación del Reino, su condena, su muerte y su resurrección nos evita entender la resurrección como algo descontextualizado, algo en lo que la fe en Cristo sería sinónimo de fe en un poder prepotente de Dios, despegado del mundo y de la historia. Por el contrario, conectar la fe de Jesús y su anuncio del Reino a los pobres con su resurrección nos permite recuperar como propio de la fe su inserción en la historia y su compromiso con la liberación de los que sufren injusticia. Se rehabilita por el

misterio de la encarnación lo que hay de divino en la Creación y se nos recuerda la mundanidad de la propia Iglesia.

¿Es razonable tener fe religiosa en un hombre, además condenado y asesinado? La fe de Jesús en la bondad del llamado de su Padre, que lo compromete con la solidaridad hacia los injustamente maltratados y que lo lleva a padecer por ellos, reviste al Hijo de una autoridad que es autenticidad. En la lógica mundana que privilegia a los vencedores, el grito de Jesús en la cruz representa la razón de los humillados que, en el extremo de su despersonalización en manos de los poderosos, reafirman que no son algo sino alguien, que no pueden ser reducidos a cosas. En la resurrección, la Iglesia reconoce en Jesús esa autoridad como autenticidad, porque se hizo uno con los necesitados de justicia y padeció lo que ellos, y por ellos. Y si resucitar a Jesús es rehabilitarlo de su condición de condenado y "darle la razón" en su predicación del Reino, entonces resucitar a los pobres y humillados —"bajarlos de la cruz"— es comprometerse para que con ellos se haga justicia. Jesús tuvo razones para dudar, pero también tuvo razones para creer en su Padre, que finalmente cumplió con él al rehabilitarlo.

Con el antecedente de la vida de Jesús como anunciador auténtico del Reino, es posible para la Iglesia tener fe en Cristo.

A imitación de la fe de Jesús en su Padre, la Iglesia es llamada a propiciar una fe que supone libertad, autonomía y discernimiento de los fieles en la búsqueda de la voluntad de Dios.

Conservar, pues, la conexión entre la vida del Jesús prepascual y Cristo resucitado permite ensalzar la humanidad de Jesús y su espiritualidad. Es decir, que Jesús no fue una marioneta de la voluntad de Dios, sino que en él se verificó un proceso espiritual de aceptación libre de la llamada de su Padre, confiado en que este le sería fiel a su promesa. Así pues, a imitación de la fe de Jesús en su Padre, la Iglesia es llamada a propiciar una fe que supone libertad, autonomía y discernimiento de los fieles en la búsqueda de la voluntad de Dios y en la respuesta positiva a ella. Y en tanto que es anuncio del Reino, la Iglesia está llamada a ser lo que el documento de la V Conferencia Episcopal Latinoamericana, celebrada en Aparecida, llama la “casa de los pobres” a partir de la cual se intenta cambiar la realidad en aras de mayor justicia y fraternidad.

La centralidad de este texto refracta sobre los restantes artículos del volumen. Los de la primera parte permiten contar con un panorama de los cuarenta últimos años de la teología en América

Latina. Desde que Juan Luis Segundo modulara la pregunta sobre Dios desde el interrogante por su existencia (polémica entre fe y ateísmo) al interrogante respecto de cuál es el Dios verdadero (polémica entre fe e idolatría), abrió el surco a la Teología de la Liberación para ahondar en esa pregunta, radicalizándola en aquella otra acerca de cómo es posible creer en un Dios bueno y justo allí donde la injusticia da razones para desconfiar de Dios. Este período de teología en el Continente ha permitido establecer sobre sólidas bases no solo una teología de los signos de los tiempos, como lo pedía el Vaticano II, sino además la opción preferencial por los pobres. Desde estas claves se examinan las tareas que nos ha dejado Aparecida, tanto en sus logros como en sus carencias.

La tercera parte del libro ofrece tres estudios sobre san Alberto Hurtado, que prestarán un inmenso servicio a una mejor comprensión de una personalidad moderna, compleja y fascinante. Es cierto que el padre Hurtado fue un cura que de noche

rescataba niños debajo de los puentes. Lo que es menos sabido es que ello era parte de una coherencia tanto de su espiritualidad —la libertad con que nos relacionamos personalmente con Dios y respondemos o no a su llamada— como de su intelecto. Alberto Hurtado comprendió que el amor a Dios se mide por el amor al prójimo más necesitado y, en los tiempos modernos, su vocación intelectual no solo lo llevó al diálogo con las ciencias de su época sino a entender que los pobres mayoritariamente lo eran a consecuencia de estructuras sociales injustas que los denigraban. Por ello, su espiritualidad es “mística social” y, por lo mismo, su erudición —indispensable para entender el mundo en el que le correspondió vivir— era piadosa. Sin tener en cuenta que Alberto Hurtado realizó una síntesis entre un corazón amoroso y una inteligencia honrada e inquieta, la simple imagen del chofer de la camioneta verde quedaría trunca, cuando no falsa.

Diego García Monge
Licenciado en Filosofía